

Ensamblajes activistas: feminismos y revuelta social en Chile*

Activist Assemblages: feminisms and social revolt in Chile

[Artículos de investigación]

Débora de Fina González**

Recibido: 26 de enero del 2021

Aceptado: 17 de enero del 2022

Citar como:

De Fina, D. (2022). Ensamblajes activistas: feminismos y revuelta social en Chile.

Campos en Ciencias Sociales, 10(1). <https://doi.org/10.15332/25006681.6495>



Resumen

Este artículo presenta una propuesta teórica para nuevos tiempos de activismos en Chile. Su propósito es construir un análisis actual sobre el desarrollo de los movimientos feministas en la última década, considerando sus procesos de fortalecimiento y expansión como una fuerza social crítica relevante, transformadora y propositiva, que se ha destacado como partícipe, actuante y co-constructora de los recientes procesos de revuelta popular en el contexto del llamado estallido social iniciado en octubre del 2019, en el proceso constituyente y frente a las dificultades presentadas por la pandemia. Partiendo de los conceptos de campos discursivos de acción y *assemblage*, se propone interpretar las nuevas relaciones, espacios y eventos de protestas compuestos por el campo feminista en sus interacciones con otros actores y movimientos sociales contemporáneos en Chile, como *ensamblajes activistas* que, en su accionar y a partir de sus interacciones, crean propiedades emergentes, nuevas, distintas, que solo se dan bajo estos ensamblajes. Esto representa un “verdadero

* Este artículo es parte del Proyecto de Investigación Postdoctoral ANID/Fondecyt n.3200516 ¿Qué hay de nuevo en los feminismos chilenos? Redes, ensamblajes en/de las luchas de las mujeres en el Chile actual. Agradezco a los diálogos siempre valiosos con Sonia Alvarez, los cuales han sido de extrema relevancia para el desarrollo del presente análisis.

** Filiación institucional: Investigadora postdoctoral en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Coordinadora del Núcleo Julieta Kirkwood e Integrante del grupo de estudios Colectiva Protesta. Correo electrónico: deboradefina@facso.cl; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9122-9219>

devenir” con gran potencial político —creativo y conflictivo— a partir del cual pensar la sociedad chilena actual.

Palabras clave: feminismos, movimientos feministas, estallido social, ensamblajes activistas, Chile.

Abstract

This article presents a theoretical proposal for new times of activism in Chile. Its purpose is to build a current analysis on the development of feminist movements in the last decade, considering their strengthening and expansion processes as a relevant transformative and purposeful critical social force, which has stood out as a participant, actor and co-constructor of the recent processes of popular revolt in the context of the so-called social outburst that began in October 2019, in the constituent process and in the face of the difficulties posed by the pandemic. Based on the concepts of discursive fields of action and assemblages, it proposes to understand the new relationships, spaces and events of protests comprised by the feminist field in its interactions with other actors and contemporary social movements in Chile, as activist assemblages that, in their actions and from their interactions, create emergent, new, different properties that only occur under these assemblages. This represents a “true becoming” with great political potential —creative and conflictive— from which to think about current Chilean society.

Keywords: feminisms, feminist movements, social outburst, activist assemblages, Chile.

Introducción

Chile vive hoy un proceso de transformación social y política; la “rebelión de octubre” de 2019, ha remecido las bases de un modelo de democracia neoliberal que entregó al país una aparente estabilidad a altos costos sociales y económicos. La exacerbación de los síntomas y consecuencias de este sistema fundamentan son el trasfondo de un malestar social generalizado que afecta de distintas maneras a la gran mayoría de la población chilena. Sumado a esto, la eminente crisis de las formas tradicionales de representación política —provocada por el agotamiento de un modelo de *democracia de los acuerdos o de lo posible* y forjada en una separación rígida entre “lo social” y “lo político”— han llevado a un aumento sustentado de la conflictividad social en Chile en las últimas décadas (COES, 2020).

Los efectos profundos del desarrollo neoliberal en la sociedad chilena apuntan a una fragmentación de la acción social, donde pierden fuerza formas tradicionales

de militancia —como los movimientos sindicales y partidarios— y se anuncia una multiplicidad de actoras/es que se re-articulan en distintos proyectos y estrategias¹, que parecen forjar “un nuevo contenido a la idea de democratización [al] tomar en cuenta la democratización de los lazos sociales” (Araujo, 2017, p. 16).

En este sentido, el inicialmente llamado “estallido social” —hoy reconocido como “revuelta” popular o social, principalmente debido a su permanencia/resistencia en el tiempo— puede leerse como la explosión de las múltiples tensiones sostenidas a lo largo de 30 años de redemocratización, un grito colectivo en contra de las consecuencias y desigualdades creadas a partir del modelo neoliberal implementado a la fuerza por la dictadura de Pinochet, sostenido y administrado por gobiernos democráticos de centro-izquierda y profundizado por los de derecha.

En este contexto de revuelta en Chile, las mujeres han sido actoras políticas fundamentales en distintos frentes, formando parte de un “pueblo” que toma las calles y clama por cambios y por justicia, al tiempo que construye alternativas y actúa en un sentido y horizonte comunes, dialogando e interactuando en un ensamblaje de voces, cuerpos y movimientos.

Se sostiene en este artículo que la actual revuelta social chilena no es tan solo un contexto en el cual se insertan las demandas feministas, sino una realidad y un momento político creado a partir y desde las luchas feministas; de las nuevas y viejas generaciones, de las distintas corrientes y sus intersecciones; de las muchas mujeres que han sostenido junto a otros/es activistas las luchas Mapuche, antirracistas, medioambientales, LGBTQIA+, de los/as/es trabajadoras y estudiantes, pobladoras, en contra del sistema de pensiones, las zonas de sacrificio, en defensa de los territorios, entre muchas otras.

Para eso, se propone una clave conceptual novedosa que permite mirar a ese campo político complejo, heterogéneo, conflictivo y diverso en su aspecto esencial que es la movilidad, el intercambio, las interacciones, el devenir. Luego, se presenta un breve recorrido de las luchas y formas de organización feminista en la última década, que busca dar cuenta de los principales cambios que operaran en

¹ Entre los cuales se destacan las movilizaciones estudiantiles a principios del siglo y sus desdoblamientos en la constitución nuevas formas de organización, que se aglutinan bajo el alero del “movimiento-partido” Frente Amplio (Donoso, 2020), que se despunta como una nueva fuerza con capacidad representativa y participativa, forjada en la frontera entre sociedad civil y sociedad política. En el 2022, Gabriel Boric —uno de los líderes del movimiento estudiantil del 2011 y miembro fundador del Frente Amplio— fue elegido y asumió como presidente de Chile.

la virada del siglo y forjaron las bases para una expansión y vitalidad inéditas de los feminismos chilenos, que se masifican, se reconfiguran, se repiensen, se activan y se transforman en procesos y movimientos constantes.

Propuestas y apuestas teóricas para interpretar a los activismos feministas chilenos en el Siglo XXI

El presente artículo se enfoca en la propuesta teórica/conceptual de interpretar los feminismos como “campos políticos y discursivos de acción” (Alvarez, 1998; 2014), lo que implica reconocer la diversidad de formas de hacer política y activismo que han sido propuestas a partir y desde los distintos feminismos: en las calles, en las universidades y liceos, en colectivas, círculos de lectura, grupos de autoconocimiento, en los espacios de la política formal, desde los territorios, desde los gabinetes y pasillos, desde la academia, desde agencias de la ONU, desde las ONG, de forma anárquica, en grupos aborteros clandestinos, dentro de partidos políticos, etc. Para Ríos et ál. (2003), “entender un movimiento social a partir de este concepto de campo de acción [...] implica reconocer que las fronteras y estructuras de un movimiento están siendo permanentemente construidas y transformadas, sobre la base de la interacción y negociación político-discursiva” (p. 23).

Según Alvarez (2014):

Los campos discursivos de acción son mucho más que meros aglomerados de organizaciones direccionadas a una determinada problemática; ellos abarcan una vasta gama de actoras/es individuales y colectivos y de lugares sociales, culturales, y políticos. Los sectores más política y culturalmente visibles de esos campos, y los puntos nodales que lo articulan, varían a lo largo del tiempo. (p. 18)

En este sentido, las autoras proponen una nueva perspectiva que interpreta a los feminismos, en plural, más allá de las claves conceptuales propuestas por las teorías de los movimientos sociales, aprehendiendo así *las dinámicas mutantes y en permanente construcción* y transformación de estos campos discursivos y de acción. En las palabras de López Nájera (2014):

El feminismo no es solo un movimiento social, es un espacio simbólico de afirmación cultural, de formación de identidad, de producción de conocimiento y de acción social y política. La relevancia actual del movimiento feminista se expresa en su capacidad multidimensional de transformación. (p. 108)

Articulado a esta mirada, el concepto de *assemblage* (Alvarez, 2019; DeLanda, 2006; Conway et ál., 2018; Escobar, 2008; McFarlane, 2009) es también una propuesta conceptual útil e innovadora que puede contribuir para interpretar las dinámicas sociopolíticas de la realidad chilena contemporánea.

Assemblage puede ser traducido como ensamblaje, montaje, reunión (Alvarez, 2019). Es un concepto acuñado en 1987 por Gilles Deleuze y Félix Guattari, definido esencialmente como “una colección *de relaciones temporales entre entidades autónomas*” que, una vez en contacto, constituyen o hacen emerger “nuevos conjuntos de posibilidades”, constituyéndose así en “un verdadero devenir” (Deleuze y Guattari, 1987, p. 10, citado en Conway et ál., 2018, p. 5). Para Conway et ál. (2018), este concepto es particularmente útil para describir acertadamente los movimientos post-2010 tal cual se presentan, o sea, empíricamente.

Para De Landa (2006), los ensamblajes pueden ser entendidos como una composición contingente —espacial y temporalmente— de múltiples agentes, discursos y/o instituciones. Esta composición se crea a partir de la interacción entre propiedades y características de distintos elementos que, al relacionarse, conforman un nuevo conjunto en un espacio-tiempo situado; de esta forma se generan *propiedades emergentes* que extrapolan las capacidades específicas/intrínsecas de las partes, siendo producidas y posibles tan solo bajo esta interacción. Tales *propiedades emergentes* tienen la capacidad de influenciar y transformar las partes que la componen, pero se distinguen ontológicamente de las mismas, creando así nuevas capacidades.

Según esta corriente de pensamiento, los ensamblajes son activados a partir de prácticas relacionales, en las que entidades (humanas y no-humanas) presentan una latente capacidad de transformarse, componerse y recomponerse constantemente. De acuerdo con Deleuze y Guattari (1987), citados en Conway et ál. (2018), “partes componentes de un ensamblaje pueden desconectarse y conectarse a otro ensamblaje, donde las interacciones entre estas partes serán distintas. Esto significa que las partes componentes de un ensamblaje son condicionadas, pero no determinadas, por las relaciones que tienen” (p. 6).

En este sentido, proponemos interpretar las nuevas relaciones, espacios y eventos de protestas compuestos por el campo feminista en sus relaciones con otros actores y movimientos sociales contemporáneos en Chile, como *ensamblajes activistas* que, en su accionar y a partir de sus interacciones, crean propiedades emergentes, nuevas, distintas, que solo se dan bajo estos ensamblajes. Un

verdadero devenir con gran potencial político (creativo y conflictivo) para pensar la sociedad chilena actual.

Escobar (2008) nos habla de las conexiones y redes que, en sus procesos y relaciones dinámicas, forman “mallas” (*meshworks*) en el tejido social, autoorganizadas, compuestas por elementos diversos y heterogéneos sin la imposición de una uniformidad, determinadas por el grado de conectividad que les permite volverse autosostenibles. A la vez, estas “mallas” establecen otras conexiones externas, combinándose/entrelazándose con otras mallas y redes, incorporando nuevos “nudos”, que se sedimentan, se descomponen y vuelven a territorializarse (Escobar, 2008, p. 366). Con esta mirada, el autor nos invita a pensar la realidad no en términos estructurales o legales, sino en su carácter relacional y contingente. En sus palabras: “la vida y los movimientos se producen ineludiblemente en y a través de relaciones en una manera dinámica (*assemblages* puede ser una mejor traducción)” (p. 26).

Es a partir de esta clave conceptual, relacional, dinámica que proponemos mirar a las nuevas relaciones que componen el campo feminista chileno en el siglo XXI, desde sus fronteras borrosas, fluidas, cambiantes y combinaciones/intersecciones posibles con demás actores y esferas sociales. Desde esa perspectiva, entender e interpretar a las mujeres mapuche cuando hablan de luchar en contra del “heterowinkapatriarcado” (Quiñimil, 2012); a las/los/les estudiantes, cuando piden por una “educación no-sexista”; al Movimiento por el Agua y los Territorios (MAT) cuando propone la “abolición del patriarcado”; a la población transexual y no-binaria cuando tensionan la categoría social y al sujeto político “mujeres”; al Frente Amplio cuando plantea una “candidatura feminista” a la presidencia; a las mujeres migrantes que luchan “contra el patriarcado” y empujan, junto a las afrochilenas, la primera marcha declaradamente feminista y antirracista en el país; a las trabajadoras, campesinas, lesbianas, docentes, transexuales, pobladoras, indígenas, anarquistas, en sus múltiples identidades y luchas que han conformado y transformado de forma dinámica lo que proponemos analizar como campo discursivo y de acción feminista chileno en el siglo XXI.

Al subrayar el carácter y la dinámica transnacional de las luchas feministas en la actualidad, Verónica Gago (2019) afirma que el movimiento feminista actual “inventa y cultiva un modo de transversalidad política [...] a partir de la conexión entre luchas” (pp. 234-235). Para la autora, “la transversalidad prioriza una política de construcción de proximidad y alianzas sin desconocer las diferencias de intensidad en los conflictos” (p. 236). Otra característica puntuada por Gago es lo que llama de “ubicuidad sin homogeneidad”, es decir, la capacidad “de estar en

todos los lados, con múltiples expresiones, sin necesidad de coherentizarse bajo algún mando ideológico o las órdenes de alguna estructura de autoridad jerárquica” (p. 186-187). Esta perspectiva busca reconocer los conflictos y dinámicas distintas que se producen en las interacciones, coaliciones y alianzas entre los feminismos y las demás luchas sociales, incorporando la conflictividad y las diferencias como constitutivas de ese campo que se expande, se transversaliza, se capilariza y se masifica.

Tales propiedades y factores novedosos se expresan en el contexto más reciente de las protestas en Chile, en las marchas masivas a lo largo de todo el país y en las formas creativas e innovadoras de denuncia y protesta, como por ejemplo la *performance* “Un violador en tu camino” del colectivo feminista Las Tesis, entre muchas otras. La masividad y potencia de las marchas y actividades del 8 y 9 de marzo de 2020 demuestran igualmente el creciente protagonismo de los movimientos feministas y la capilarización y expansión de discursos, ideas y prácticas feministas en la sociedad chilena (De Fina y Figueroa, 2020).

Al hacer este recorrido revisitando aspectos de las manifestaciones, protestas y organización feminista en la última década en Chile, es posible observar cómo los feminismos se han establecido en el tejido social, en las disputas políticas y en el cotidiano, destacándose actualmente como movimiento social expresivo en nivel nacional, internacional y transnacional. Una fuerza política indispensable para pensar, analizar y comprender la sociedad chilena en el siglo XXI.

El “renacimiento de un feminismo militante” en Chile

En la última década del siglo XX, con los procesos de institucionalización de algunas pautas feministas asociadas a una agenda global de igualdad de género (Alvarez, 2014) incluida en el modelo de desarrollo neoliberal, el quehacer feminista pasa por un proceso de profesionalización, por medio del cual se institucionalizan discursos y prácticas que, a su vez, adquieren cierta hegemonía en el campo feminista sobre otras formas militantes (que a pesar de su poca visibilidad y marginalidad, siguen existiendo).

En estos procesos, se exacerban las diferencias de clase y raza/etnia en el campo feminista, que apuntan a desacuerdos fundamentales respecto a las opciones estratégicas de luchas y a las pautas priorizadas por “el movimiento”. En América Latina, este periodo, que coincide en muchos países con el retorno a la democracia, es caracterizado por profundos y contenciosos debates que remecan los *Encuentros Feministas Latinoamericanos*, produciendo un verdadero quiebre

en los discursos y prácticas feministas (Álvarez, 1998; Gargallo, 2006; Vargas, 2008).

Ríos et ál. (2003) señalan que, a fines de los años 90, hay en el contexto chileno “una creciente desarticulación e invisibilidad del feminismo en cuanto actor colectivo en la esfera pública y en la consolidación de espacios y estrategias microsociales de activismo” (p. 57). En este sentido, las autoras identifican una baja capacidad de los colectivos y grupos feministas en “incidir o interactuar con otras esferas y actores” (p. 97), señalando que los vínculos con otros actores sociales se debilitan al paso en que los proyectos feministas parecen alejarse de las nuevas generaciones.

Frente a este escenario, a finales del siglo XX, las autoras identifican la necesidad de “reconstrucción o rearticulación de un accionar colectivo feminista” (p. 384). Para Schild (2016), “el destino de los feminismos latinoamericanos en el siglo XXI no puede separarse de la dinámica más amplia que estructura las desigualdades sociales, económicas y raciales de la región” (p. 79). La autora apunta a la dominación de un “feminismo liberal” en las últimas dos décadas del siglo XX y la necesaria revisión de sus prácticas y prioridades.

El cambio de siglo, finalmente, parece anunciar nuevos caminos a estos complejos debates. Si el tono de la discusión sobre el campo feminista chileno en los años 90 fue determinado por los procesos de institucionalización y profesionalización que acompañaron la reinstalación del régimen político democrático en el país, en el contexto actual son las movilizaciones, protestas y la militancia organizada, alejada de los partidos políticos tradicionales y más cercana a otros movimientos y organizaciones sociales, los elementos que dan relieve a este renovado y dinámico campo político y discursivo que, sin dejar las arenas institucionales, pasa (o vuelve) a ocupar las calles y también otros espacios. En estos procesos, la interseccionalidad ha sido reivindicada como punto de partida necesario a las luchas y agendas feministas.

Así, es posible señalar que en las dos primeras décadas del siglo XXI han operado cambios expresivos en la composición, identidades, formas de organización, agendas, estrategias de luchas e interacciones sociales en el campo feminista chileno. Si “una de las tendencias más claras en el accionar político feminista de la última década es la debilidad de los vínculos entre las diversas expresiones feministas y otros actores sociales y políticos fuera de su campo de acción” (Ríos et ál., 2003), en la actualidad estos vínculos y esta *capacidad de articulación y ensamblaje* son justamente los que han caracterizado y fortalecido un renovado

campo feminista en Chile, que se expande inserto en un ámbito (tiempo-espacio) social que parece, igualmente, presentar señales de cambios.

Junto a otras formas de organización social y política, a partir de los años 2000, la composición, el actuar y el quehacer feminista van adquiriendo nuevos contornos. Feliu (2009) asegura que ya a principios del siglo se percibe una proliferación de “organizaciones de feministas de las nuevas generaciones que en sus barrios o en sus campus universitarios han encontrado una plataforma de lucha y un lenguaje más radical y activista²” (p. 707). Además, se crean o se expanden redes y coordinadoras feministas que se constituyen como articuladoras de colectivas y grupos autónomos a lo largo de todo el país³.

Actualmente, los feminismos en Chile se articulan en redes temáticas de alcance nacional, ya sea en torno a demandas (salud, violencia, aborto), reconocimiento identitario (mujeres mapuche, lesbianas, mujeres del campo, migrantes, afrodescendientes), áreas de actuación profesional (docentes, historiadoras, actrices, escritoras, artistas); igualmente de carácter nacional, están las coordinadoras responsables por la organización de protestas en determinadas fechas del “calendario feminista” (Coordinadora 8M, 25 de julio, Ni Una Menos, 19 de diciembre). En nivel de organización y actuación local, las feministas se han articulado en algunas ONG y organizaciones sin fines de lucro, colectivos autónomos, asambleas, mujeres autoconvocadas, entre otras formas y temáticas diversas, destacándose el nivel local de la política cotidiana en los territorios. Paralelamente, feministas se han hecho presentes en las intersecciones con otras luchas o movimientos sociales, ya sea vía militancia directa en otras organizaciones, movimientos sociales o partidos políticos, ya sea a través de colaboraciones y articulaciones frecuentes entre organizaciones y redes feministas y otras causas y demandas sociales (De Fina y Figueroa, 2020). Más allá de esas tramas organizativas, los feminismos se expanden extrapolando el concepto de

² Feministas Tramando, Memoria Feministas Autónomas, Colectiva Las Kllejeras, Movimiento Feminista Lilith y Coordinadora Feministas Jóvenes, entre otras (Feliú, 2009, p.707).

³ Tales como la Red Chilena Contra la Violencia Hacia la Mujer (1990), la organización de Mujeres Empresarias (2001), Comunidad Mujer (2002), Corporación Humanas (2004), la Corporación Miles (2010), el Observatorio contra el Acoso Callejero (2013), Coordinadora Feminista Universitaria (2016), Coordinadora Ni Una Menos (2016), Abogadas Feministas de Chile (2018), Coordinadora Feminista 8 de marzo (2018), entre otras (Humanas, s. f.).

movimiento social al suponer la identificación de múltiples sujetas/es como feministas, aunque no estén organizadas colectivamente⁴.

Esa expansión supone la mayor visibilización de prácticas y sujetas políticas que componen los feminismos en sus múltiples articulaciones, exacerbando y rearticulando conflictos constitutivos de ese campo. Respecto a los “nudos” que tensionan ese campo en Chile, podemos mencionar aquellos de orden estratégico, que remontan a la clásica división entre institucionales y autónomas (Kirkwood, 1982), pero desmontan de cierta forma esa dicotomía al dislocar el centro de la relevancia de los partidos políticos para estrategias feministas independientes en el ámbito de la política formal, lo que se refleja fuertemente en la participación y apuesta feminista en el proceso constituyente; en la actuación todavía expresiva e importante de varias ONG, institutos y centros de estudios feministas; en los trabajos de *lobbies* para la aprobación de leyes, en las articulaciones con el parlamento, la constitución de una “bancada feminista”, la presencia en mesas e instancias de diálogo convocadas por el gobierno y organismos internacionales, como la Cepal o la ONU, la constitución de un partido político (Partido Alternativa Feminista⁵) y de una frente feminista en las nuevas fuerzas políticas (Frente Feminista del Frente Amplio).

Paralelamente a una extensa actuación activista direccionada al contexto institucional, se evidencian y se hacen más visibles en la última década la presencia y actuación de grupos colectivos/as feministas locales, autoorganizados y autónomos, con sus estrategias políticas distintas que no apuntan necesariamente a la institucionalidad como arena de/para lucha, sino que la interpelan a partir de formas diversas de la política cotidiana, ya sea a través del arte, de la organización de economías populares, ollas comunes, construcción de

⁴ La Encuesta 8M realizada en el contexto de las movilizaciones de 2020 trae datos interesantes para pensar la actual configuración de ese campo político feminista en movimiento: entre las participantes, un 92.5 % de las entrevistadas declaró ser feminista, al paso que un 32.5 % afirmó ser parte de alguna organización feminista y otro 32 % afirmó ser activista en otros movimientos sociales. Otro dato interesante recabado por la encuesta se refiere al tiempo de activismo: un 51.9 % afirmó que participa en su organización a tan solo un año o menos, mientras que el 22.4 % hace 1 o 2 años. Es decir que, entre las encuestadas, la afiliación al movimiento feminista tiene un carácter destacadamente reciente, considerando que el 74.3 % participa en un grupo o colectivo hace menos de dos años y aquellas que contestaron llevar más de diez años en organizaciones feministas representan solo un 5 %. Además, entre las que están organizadas, el 65.5 % declaró que sus organizaciones mantienen relaciones frecuentes de colaboración con otras redes y movimientos sociales. Y, por fin, entre el total de las manifestantes encuestadas, el 92.5 % afirmó ser participe en las marchas del “estallido”/revuelta social (Primer Informe Encuesta 8M 2020 ¿Qué hay de nuevo en los feminismos chilenos?).

⁵ Creado en el 2020, en el contexto del estallido social, y finalmente disuelto en el 2021 en el contexto de la pandemia.

espacios/instancias seguras, colectivas, grupos de lectura, autodefensa, entre muchas otras posibilidades de construcción y difusión de propuestas feministas. Aunque se pueda señalar una conexión intuitiva entre jóvenes —autónomas y más experimentadas— institucionales, esa no es determinante o fija. Es decir, en Chile (así como en otros contextos latinoamericanos, como Argentina, por ejemplo) se percibe un componente intergeneracional constitutivo en las variadas esferas de activismo feminista, además del tránsito e intercambio que se produce, no sin tensiones, entre las partidarias de las distintas estrategias. De la mano con el ensamblaje entre movimientos feministas y estudiantiles, esa renovación generacional no ha implicado, por lo tanto, un recambio o sustitución, sino una composición intergeneracional que pasa a constituir más enfáticamente ese campo político feminista, fenómeno que se percibe tanto en Chile como en otros países.

Otro ingrediente innovador que se ha destacado es la performatividad y el carácter “festivo” imprimido a las movilizaciones, sus colores, sonidos, bailes y decires. Repertorios creativos renovados, expresiones artísticas que denuncian y disputan los sentidos, llaman la atención, traspasan fronteras. Las calles han sido, entonces, el lugar donde se han expresado y se han hecho visibles los feminismos chilenos. La protesta, en sus variadas y renovadas expresiones, vuelve así a ser herramienta central de denuncia y presión. Las redes sociales ocupan igualmente un rol de gran relevancia, posibilitando la rápida expansión de discursos, hechos, denuncias y *performances*, reproduciéndolos, amplificándolos, constituyéndose así en un espacio y en una herramienta activista.

Así, en las últimas décadas, se fortalecen y ganan visibilidad las formas de manifestación y protesta pública de carácter feminista, destacándose principalmente su “masificación y visibilización sin precedentes” (Hinner y López Dietz, 2021, p. 91). Los datos del Observatorio de Conflicto Sociales (COES, 2018) indican que entre 2012 y 2017 el número de eventos de protesta asociados a “demandas feministas o de mujeres” presenta un incremento significativo; saltando de 5, en 2012, a 46 en 2016 y 34 en 2017. Además, las manifestaciones que en 2012 ocurrieron en solo 5 regiones, en 2016 y 2017 se expanden a todas las regiones del país y el número de organizaciones participantes sube de 8, en 2012, a 30 en este periodo. Estos datos, junto a otras investigaciones (Lamadrid y Bennit, 2019), revelan una evidente tendencia de crecimiento y fortalecimiento de la movilización feminista en Chile, de las cuales se destacan las marchas por la píldora del día después, en 2007; por el aborto libre, en 2013; en contra de la violencia hacia las mujeres, convocada por Ni Una Menos en 2015, 2016 y 2017 (Lamadrid y Bennit, 2019); las históricas manifestaciones convocadas por las/les

estudiantes a lo largo del año 2018, conocidas como “Tsunami feminista” o “Mayo feminista”.

En ese aumento progresivo de movilizaciones y protestas feministas cada vez más masivas, se destacaron las manifestaciones convocadas a nivel nacional para el 8 de Marzo de 2019, junto a al llamado a una huelga feminista internacional: solo en Santiago, la marcha contó con la asistencia de aproximadamente 400 mil personas, siendo hasta ese entonces la marcha más grande en la historia del país desde la redemocratización⁶, hasta que explotara la revuelta social en octubre de ese mismo año. De esa forma, como nos dice Gago (2019), “el movimiento feminista toma las calles y construye en asambleas, teje poder en los territorios y elabora diagnósticos de coyuntura: produce un contrapoder que articula una dinámica de conquista de derechos con un horizonte de radicalidad” (p. 238).

Este “renacimiento de un feminismo militante” (Watkins, 2018) está acompañado por el desarrollo de nuevas prácticas que proponen conectar una amplia gama de actores y grupos de acción para trabajar juntos por justicia social. En ese sentido, como señalan Kauppert y Kerner (2016) “plataformas inclusivas para una amplia variedad de actores y movimientos sociales pueden alentar el desarrollo de fuertes alianzas y narrativas. La diversidad de actores debe ser considerada como una fuerza y un factor positivo” (p. 6).

Lo que ha llamado la atención, junto a la “creciente popularización del feminismo entre nuevas generaciones de activistas” (Álvarez, 2019, p. 86), es la capacidad que han presentado las luchas, discursos y acciones feministas en articularse con otras luchas sociales presentes en los territorios. En este sentido, es paradigmático el caso del movimiento feminista estudiantil de 2018, el cual se puede interpretar como un *ensamblaje activista* que se hace posible a partir de la conjunción de factores coyunturales, que incluyen el fortalecimiento del feminismo a nivel internacional; la creciente articulación del campo feminista chileno y el encuentro/cruce con el movimiento estudiantil (De Fina y Figueroa, 2019).

La articulación y elaboración de demandas levantadas por ese “tsunami feminista” (Zerán, 2018) se logran reconocer activamente en cada manifestación que se ha realizado hasta la fecha, las cuales se entrelazaron con las exigencias del estallido/revuelta social. Ese movimiento contribuye sobremanera para expandir y

⁶ Las marchas fueron convocadas por la Coordinadora 8M y se realizaron en 72 ciudades a lo largo de todo el país. Las organizadoras estiman una cifra de 400 mil personas en las calles de Santiago y 800 mil personas a nivel nacional, afirmando ser la más grande manifestación post dictadura (CNN Chile, 2019; El Desconcierto, 2019).

diversificar el campo del activismo feminista en Chile dando origen a numerosos grupos, organizaciones y debates a lo largo del país. Ese movimiento de “explosión” feminista, al exponer contradicciones en las relaciones sociales en los más diversos ámbitos, tensiona también las esferas progresistas, ya sean universidades, movimientos sociales, partidos políticos, ámbitos culturales, profesionales y cotidianos, lo que conlleva tanto procesos de aprendizajes como reacciones contrarias y contra-ofensivas. De ahí la necesidad de un análisis más profundo capaz de complejizar qué implican y cómo se dan esas propiedades emergentes, los debates, tensiones y conflictos en la composición de los ensamblajes y cómo afectan a las partes que la constituyen⁷.

En el caso del mayo feminista de 2018, por ejemplo, vale destacar que ocurre en un momento en que el movimiento estudiantil se encuentra de alguna manera fragilizado o desarticulado frente a la institucionalización de sus demandas. La oportunidad inédita de tomarse las universidades desde las luchas, voces y *cuerpas* feministas, de dirigir las tomas, organizar o simplemente hablar en una asamblea estudiantil por primera vez, como mujer que reivindica sus derechos y siente dañada sus libertades implica, por lo tanto, el dislocamiento de otros sujetos hegemónicos (masculinos) de esos campos de lucha. Esos dislocamientos promueven, a su vez, un repensar enriquecedor (y conflictivo a la vez) al movimiento estudiantil, al comprometer la incorporación de una perspectiva feminista a sus luchas y demandas, al paso en que conllevan tensiones, desafíos y readaptaciones igualmente relevantes. Su masificación implica también conflictos internos respecto a estrategias, organización, identidades, alianzas y agendas.

Otro ámbito de conflictos/tensiones que sale a la luz en el contexto de la revuelta feminista universitaria el 2018 y constituyen el campo feminista chileno hoy, se refiere a la problemática que podríamos referirnos como identitaria, que gira en torno a la definición de la sujeta política de los feminismos. Hinner y López Dietz (2021) apuntan a que, junto al aumento de la visibilidad de feministas trans, travestis y no binaries en los últimos años (Fernández, 2020, citado en Hinner y Dietz, 2021, p. 118), se identifica el ascenso de un “feminismo radical transexcluyente”, llamadas TERF (Trans Exclusionary Radical Feminist), Radfem o simplemente “feministas radicales”, que las autoras ubican con presencia tanto en las universidades como en redes sociales. Esos conflictos han ganado

⁷ En ese artículo serán solamente enunciadas tales tensiones, con la propuesta e invitación a analizarlas más profundamente en investigaciones futuras.

relevancia en el contexto nacional reciente, exacerbando tensiones latentes y antiguas entre movimientos de disidencias sexuales y activistas feministas.

Otro elemento que adquiere relieve en los debates nacionales, bajo el alero de la temática de la migración, son las luchas antirracistas y su necesario cruce con las luchas feministas. El 25 de julio de 2019, Día de Acción Global por el Aborto Libre, Seguro y Gratuito (y Día de la Mujer Afrolatina, Afrocaribeña y de la Diáspora), fue celebrado *por primera vez* con la convocatoria de una marcha feminista antirracista. Además del surgimiento de colectivos de mujeres negras migrantes, la reivindicación del reconocimiento de la identidad afro-chilena ha sido pauta de organizaciones de mujeres principalmente en el norte del país⁸. Con una entrada tardía y fuertemente impulsada por la expansión migratoria, la temática de la interseccionalidad entre género, raza/etnia y clase como elementos estructurantes de las desigualdades sociales ha encontrado interlocución en ese campo feminista en expansión, en un proceso todavía en una etapa inicial, a ser más profunda y ampliamente trabajado, ya que la necesidad de incorporar las luchas antirracistas es percibida muchas veces casi como algo externo a la sociedad chilena, y no un problema estructural que la interpela directamente.

Por otra parte, el nuevo siglo trae también la aproximación y el encuentro — conflictivo y productivo— del campo feminista chileno con las luchas de los llamados pueblos originarios, destacadamente las mujeres mapuche. Estas intersecciones producen nuevos sentidos, cuestionamientos, reflexiones en torno a cosmovisiones y ontologías, colonialismo y desigualdades, construcción de agendas y pautas de luchas. Tales articulaciones están permeadas por antiguos conflictos y renovados esfuerzos que implican, esencialmente, el reconocimiento de la *interseccionalidad* de las desigualdades de género, raza/etnia y clase (Crenshaw, 1991) y, conectado a eso, la afirmación y valoración de las diferencias (Brah, 2006).

Así, más allá de las manifestaciones/protestas convocadas por colectivos y redes que se organizan en torno a las demandas de las mujeres (violencia, acoso, aborto), los feminismos se han hecho presentes en distintos ámbitos de las principales luchas sociales contemporáneas en Chile, expandiendo así su campo

⁸ Impulsada desde sujetos y organizaciones de Arica, fue aprobada en marzo de 2019 la Ley 21 151, que reconoce legalmente al pueblo tribal afrodescendiente chileno. Entre las organizaciones, apuntamos principalmente la ONG Oro Negro, que estuvo al frente de este proceso y el Colectivo de Mujeres Afrodescendientes Luanda, creado en 2010.

discursivo y de acción. Es así en el caso de las luchas medioambientales contra el extractivismo, con problemáticas que atraviesan todo el país⁹; en los movimientos en contra del sistema de pensiones (No+AFP), en el movimiento estudiantil, las luchas de los pueblos originarios (indígenas y negros), de las/los campesinos/as, trabajadores/as (sindicatos), nuevos y viejos partidos políticos, población LGBTQIA+, migrantes, académicos/as, familiares de detenidos-desaparecidos, movimientos por la vivienda, anarquistas, movimientos artístico-culturales, veganos, entre muchos otros.

En estas múltiples intersecciones, no solo se suman las luchas, sino que se transforman y se resignifican de manera dinámica estas “interacciones activistas”. Ellas evidencian una renovada diversidad, heterogeneidad y pluralidad del campo feminista chileno, que *se ensambla* con muchos otros. Tales interacciones se intensifican principalmente a partir de los años 2010, expandiendo así los feminismos en tanto teorías, discursos y prácticas políticas, exacerbándose en el contexto de revuelta social.

Más allá de una sucesión de “feminismos con apellido” se propone interpretar estos movimientos como una expansión o, aun, multiplicación de las identidades y discursos que componen el campo político y discursivo feminista chileno, que presenta en la actualidad una capacidad emergente de ensamblarse con otros movimientos y campos políticos, potencializando así su fuerza transformadora y coproduciendo nuevas capacidades y posibilidades de intervención social, cultural y política.

Frente al “estallido de imaginarios y enunciaciones feministas” y la expansión de esa “red difusa, pero conectada”, Barrientos (2021) afirma que “pensarse feminista y decirse feminista(s) ahora, no es lo mismo que hace algunos años” y

⁹ Un ejemplo es el Movimiento por el agua y el territorios (MAT), creado en el 2010, “se organiza por medio de Zonales (Norte Grande, Norte Chico, Centro, Sur), los cuales coordinan las acciones en sus territorios a nivel País” y se autodefine como “un espacio de articulación que conglomera a diversas comunidades y organizaciones que luchan contra las inversiones extractivistas [...] Estas colectividades la componen: comunidades ancestrales de todo el territorio del país Chile, como también juntas de vecinos, organizaciones territoriales, ecologistas, de mujeres, estudiantes, colectivos culturales-políticos-sociales, asociaciones de agua potable rural, entre otras”. Presenta como “pilares del movimiento, el apoyo mutuo, el anticapitalismo, la autonomía de la instrumentalización política electoral, la abolición del patriarcado en las relaciones sociales, la solidaridad de las comunidades que están luchando y construyendo un mundo distinto en Chile y Wallmapu” (Mapuexpress, 2017). Otros ejemplos son el grupo “Mujeres de zonas de sacrificio en Resistencia de la Bahía de Quintero”, formado en 2016, que articula las luchas ambientales con las de género (Bolados y Sánchez, 2017); la “Red Regional de Mujeres de la Pesca Artesanal” formada en 2018 en la Región de Bío Bío, que busca insertar cuestiones de género que no son consideradas en las legislaciones o regulaciones de la pesca; el liderazgo de las mujeres en los comités de Agua Potable Rural, entre otros.

llama a preguntarse por los “sentidos políticos de los feminismos contemporáneos” (p. 130) y “pensar en los modos en que el concepto feminismo nos interpela hoy” (p. 132). En ese sentido, la autora y activista feminista afirma que “debemos asumir que los feminismos hoy [...] son, al mismo tiempo, una fuerza que se abre y se difumina; que se multiplica y se complejiza, pero que también se borrona y se consume” (p. 134) e invita, así, a “disputar lo que entendemos por feminista(s) o feminismo(s), a fin de evitar que estos conceptos pierdan vitalidad y potencia política”.

Todos estos procesos deben ser entendidos, finalmente, en un contexto global de efervescencia feminista, por ende, vale considerar cómo se articulan las dinámicas global-local, cómo se territorializan las luchas y cómo adquieren y hacen parte de dinámicas transnacionales. En este sentido, parece imperativo pensar cómo las expresivas movilizaciones y campañas por el aborto libre en Argentina, a lo largo de los últimos años, reverberan en las agendas de organizaciones feministas chilenas y en las calles de todo el país, reflejadas en el uso del pañuelo verde como símbolo expresivo de esas luchas, de una Marea verde argentina que ultrapasa la cordillera y se instala caracterizando también las movilizaciones y protestas en Chile; cómo la campaña “Ni Una Menos”, en contra la violencia hacia las mujeres, gana fuerza expresiva y coordinación nacional con gran capacidad de movilización; cómo por medio de las voces de mujeres indígenas latinoamericanas, temas desarrollados en el ámbito del llamado feminismo comunitario son producidos y logran construir una interacción proficua —y conflictiva, a la vez— entre propuestas feministas y las luchas de los pueblos indígenas en el país; cómo campañas contra el acoso y abuso sexual, como el “Me Too” en Estados Unidos, reverberan en luchas cotidianas de las estudiantes chilenas que, a la vez, demuestran en las calles símbolos y repertorios de un campo feminista en movimiento, que recorre fronteras y viaja velozmente por las redes sociales y virtuales, demostrando un carácter genuinamente transnacional. Tanto en términos internacionales como nacionales, vale destacar el rol fundamental de las redes sociales en la transformación, reconfiguración y activación de los activismos contemporáneos.

Paralelamente, el contexto chileno de exacerbación de los conflictos y luchas sociales en la última década ha sido el caldo de cultivo de fuerzas feministas potentes, críticas, desafiantes y creativas que se han desarrollado y fortalecido, en cuanto parte de una sociedad que se levanta indignada en contra de los abusos del Estado neoliberal, que enfrenta a las fuerzas violentas y represivas, de una

nueva “generación sin miedo”, que ha cambiado el curso de la historia social y política del país en un proceso que también es, en esencia, feminista.

Del 18-O al 8M: la revuelta social también es feminista

En octubre de 2019 revienta lo que quedó conocido como el “estallido” o revuelta social, un contexto de intensas movilizaciones a nivel nacional que impulsa, a su vez, un cambio de la Constitución Política. Las protestas se iniciaron el 18 de octubre de 2019 (18-O) con la acción de estudiantes secundarias/os en contra del aumento del precio de los pasajes en el transporte público, con masivas evasiones en diversas estaciones del metro de la capital, Santiago. La respuesta invariablemente represiva del gobierno de Sebastián Pinera generó reacciones inmediatas a nivel nacional, unas pacíficas, otras violentas.

Sostenidas por cinco meses consecutivos en diversas ciudades del país, las manifestaciones expresan el descontento social desde muchos frentes y presionan para un cambio de paradigma social y político que se traduce en parte en el clamor de una nueva Constitución. Entre las demandas, sobresalen la exigencia de reformas en los sistemas de pensiones, salud y educación. Todas convergen en la crítica al capitalismo neoliberal implementado de forma ejemplar en Chile, del cual resultan la privatización de los bienes comunes, la noción de servicios por sobre los derechos y una intensa concentración de renta que genera y sostiene la desigualdad social.

Esta intersección y convergencia de demandas genera, a su vez, una identidad común entre las/os/es manifestantes conformando *el pueblo* que lucha *por dignidad*, sin la dirección o liderazgo de una organización específica que les represente, ya sea social o política; además del distanciamiento de los partidos políticos, las protestas se han caracterizado por el protagonismo horizontal de movimientos espontáneos, la organización y convocatoria vía redes sociales, la postura de enfrentamiento a las fuerzas represivas, la masividad, creatividad, la autoorganización y división de roles y tareas en las marchas (la primera línea, los paramédicos, los que llevan comida y agua a los manifestantes).

El repertorio de estrategias y acciones ha sido amplio, desde actos violentos a manifestaciones pacíficas, familiares, culturales y performáticas. Asimismo, la “revuelta popular” ha generado una diversidad de formas organizativas sin precedentes. La autoorganización ha sido el principio básico de los cabildos, asambleas y conversatorios territoriales o temáticos, evidenciando una capacidad

política organizativa desde la cual la sociedad chilena se reactiva, se repiensa, se reconoce y se reconstruye.

En ese contexto, los movimientos feministas chilenos han sido actores reivindicativos relevantes y cuestionadores de un orden social opresor y desigual. Articulados en redes nacionales, en colectivos territoriales autoconvocados o en la interacción y colaboración con otros movimientos sociales, han denunciado y presentado alternativas para la transformación social, cultural y política del país.

En estos meses intensos, las feministas han luchado por el derecho a ser protagonistas de la historia, incluso de las protestas; han conformado la “primera línea” femenina, han delatado los abusos y crímenes sexuales por parte de las fuerzas del Estado, denunciado las múltiples violencias de género y los incesantes feminicidios; han creado un partido político, han logrado la paridad de género en el proceso constituyente, impulsaron la renuncia de la ministra, en resumen, han hecho historia.

La *performance* “Un violador en tu camino”, creada por el Colectivo Las Tesis y realizada por primera vez en noviembre de 2019 en la ciudad de Valparaíso, conquistó el mundo y las redes sociales al ser reproducida en diversos países, idiomas y ocasiones. La emotividad que tiene en cada reproducción revela un sentido común que reafirma el carácter transnacional de las luchas feministas, al paso en que desvela la crueldad del sistema patriarcal que todavía se sostiene en cada rincón del mundo.

La agitación social impulsada a partir de octubre de 2019 tiene como su último gran acto masivo de protesta —antes del encierro debido al estado de emergencia decretado debido a la pandemia por COVID-19— las inmensas marchas y actividades realizadas entre los días 8 y 9 de marzo de 2020, con protestas en todo el territorio nacional y la reunión de más de dos millones de personas solo en la capital, Santiago. El 8M de 2020 vino como una avalancha a brindarnos una protesta de proporciones sorprendentes. Por el tamaño, las ganas, y la necesidad, el 8M se extendió al 9M, dos días de lucha, de huelga feminista, de actividades, de encuentros y de protestas en las calles de todo el país. Mas allá de la masividad, las protestas se caracterizaron por el carácter espontáneamente separatista. El grito “los machitos pa’la casa” resonó en la Plaza de la Dignidad repleta de mujeres, así como en muchas otras a lo largo del país. Un consenso que no fue planeado con anticipación, sino que se dio espontáneamente. Esta fue una herramienta accionada para apuntar la necesidad y urgencia de visibilizar las luchas y no dejar en segunda orden las demandas de las mujeres.

Más allá de avances en el terreno institucional —con la elaboración de una nueva Constitución a través de una comisión constituyente con paridad de género— las luchas que se llevan a cabo hoy en Chile traen nuevos sentidos de solidaridad, de organización, de lo social y de lo político. Ese nuevo marco en la historia del país, que parece sellar el fin del proceso de transición política, abarca necesariamente el aprendizaje y el accionar de las luchas feministas hacia una nueva democracia. Luchas “por dignidad” a todos/es/as, que andan de la mano, todas ellas prioritarias y urgentes.

Conclusiones

En la última década, los feminismos se han alzado como potencia política en diversos países del mundo, copando las calles con protestas masivas, denunciando los abusos y violencias machistas persistentes, activándose de formas creativas, performáticas, novedosas e irreverentes.

En Chile, ese movimiento de expansión se intensifica de la mano del aumento de los conflictos sociales en los distintos territorios del país, destacándose las movilizaciones en torno a problemáticas medioambientales, mayormente regionales (como los ocurridos en Magallanes, en 2011, en Aysén, en 2012 y en Chiloé en 2016) y las masivas protestas capitalinas que alcanzan mayor visibilidad nacional e internacional, lideradas por el movimiento estudiantil (el *mochilazo* en 2001, la *revolución pingüina* en 2006, el movimiento universitario en 2011 y, finalmente, el Mayo feminista en 2018).

En el contexto nacional, feministas se han hecho presentes y partícipes *de, en y con* gran parte de las luchas sociales contemporáneas. En ese sentido, se puede pensar la interconexión que ha forjado con el movimiento estudiantil, reflejada en la creación de secretarías de género en distintas universidades; la aproximación y participación en las luchas y movimientos medioambientales y territoriales; la intersección con movimientos antirracistas liderados por mujeres afro-chilenas, principalmente en el norte, y migrantes afrodescendientes; la aproximación y diálogo entre feminismos y mujeres mapuche; la actuación de feministas en las luchas en contra de la precarización laboral y los sistemas de pensiones. Todos esos ensamblajes activistas componen y caracterizan, a su vez, la diversidad de los feminismos contemporáneos y se reflejan en la masividad y potencia de las marchas y protestas feministas en los últimos años.

El contexto inaugurado por la revuelta social viene a reafirmar esa capacidad de necesaria articulación entre movimientos sociales que, aunque conflictiva,

efémera o contingente, potencia los activismos en los más diversos ámbitos, al entretener críticas y denuncias para apuntar a los sentidos posibles de la transformación social. Los feminismos han compuesto de manera fundamental ese mosaico activista expansivo y creativo que caracteriza el Chile actual y, al hacerlo, ensamblan las luchas, denuncias y demandas feministas en el repensar y reconstruir el tejido social chileno, haciéndolas de esta manera indispensable parte de esas mallas que conforman la propuesta y la puesta en marcha de una nueva sociedad. Así, las demandas por justicia y dignidad son forjadas y deben leerse necesariamente en clave feminista.

La diversificación y masividad conllevan mayor complejidad a un campo político ya en su esencia heterogéneo, diverso y conflictivo. La propuesta analítica de considerar los feminismos como campos de acción que se activan en ensamblajes activistas nos puede ofrecer herramientas interesantes para interpretar esos nuevos tiempos de activismos en Chile.

Frente a esa masividad y expansión de los feminismos, queda abierta la tarea permanente de reflexionar sobre ¿qué conlleva esa expresiva expansión? ¿Qué hay detrás de esas expresiones visibles/visibilizadas? ¿Qué factores han hecho posible que los feminismos ganen terreno en las disputas sociales y políticas, firmándose como voz y sujeta política relevante, quizás indispensable, para pensar los procesos de transformación contemporáneos? ¿Qué consecuencias se pueden esperar a nivel político, social y cultural? ¿Cómo impactan a nivel personal y colectivo aquellas que vienen construyendo esos caminos de antaño, y aquellas que llegan a componer ese complejo campo de luchas más recientemente? ¿Hasta qué punto es posible definir o delimitar las fronteras de ese campo difuso y dinámico? ¿Cuáles son los riesgos de dejarlo abierto siendo un concepto en disputa?

Reflexionar en torno a estos interrogantes implica tener en cuenta los aspectos potencialmente positivos de esa expansión, mayormente expresados a lo largo de este texto, y también las tensiones internas y externas que implican esa sinergia de fuerzas sociales de la cual son parte los feminismos. Para eso, identificar como punto de partida que los feminismos son diversos y heterogéneos significa reconocer y relevar las múltiples diferencias internas que lo componen y tensionan; cuestionar, como nos invita Avtar Brah (2006), si tales diferencias implican desigualdades o jerarquización y en qué medida tensiones y disputas internas nos permiten o nos impiden hablar de unidad, aunque sea usando el plural “feminismos”; señalar que hablar de tensiones no necesariamente aporta una carga negativa, un problema que debe ser resuelto con la finalidad de llegar a un

consenso, a un punto común único, hegemónico o homogéneo, sino reconocer la heterogénea complejidad a ser asumida, problematizada y abrazada como potencia. Pensar en ensamblajes activistas puede ayudarnos a navegar por ese universo llamado feminismo(s).

Referencias

- Álvarez, S. (1998). Los feminismos latinoamericanos se globalizan en los noventa: retos para un nuevo milenio. En M. L. Tarres (coord.) *Género y cultura en América Latina. Cultura y participación política* (pp. 89-134). Colegio de México.
<https://doi.org/10.2307/j.ctv47w7zp.7>
- Alvarez, S. (2014). Para além da sociedade civil: reflexões sobre o campo feminista. *Cadernos pagu*. (43), 13-56. <http://www.scielo.br/pdf/cpa/n43/0104-8333-cpa-43-0013.pdf>
- Alvarez, S. (2019). Feminismos en Movimiento, Feminismos en Protesta. *Revista Punto Género*, 11, 73-102. <https://revistapuntogenero.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/53881>
- Araujo, K. (2017). Democracia y transformaciones sociales en Chile: ¿Qué significa actuar democráticamente? *Fundación Frederick Ebert Stiftung (FES), Análisis*, (11), 1-19.
<http://library.fes.de/pdf-files/bueros/chile/14330.pdf>
- Barrientos, P. (2021). Decir feminismo no (es) solo hoy. Algunas reflexiones sobre tiempos, tensiones y preguntas para pensarnos desde y con la historia. En A.C. Gálvez Comandini (org.), *Históricas: Movimientos feministas y de mujeres en Chile, 1850-2020* (pp. 129-144). LOM Ediciones.
- Bolados G. y Sánchez, P. (2017). Una ecología política feminista en construcción: el caso de las "Mujeres de zonas de sacrificio en resistencia", Región de Valparaíso, Chile. *Psicoperspectivas*, 16(2), 33-42. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-977>
- Brah, A. (2006). Diferença, diversidade, diferenciação. *Cadernos Pagu* (26), 329-376.
<https://www.scielo.br/j/cpa/a/B33FqnvYyTPDGwK8SxCPmhy/?lang=pt>
- Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social [COES]. (2018). Informe anual. Observatorio de conflictos 2018. *Notas COES de políticas públicas*, (17).
- CNN Chile. (2019, 9 de marzo). *Coordinadora Feminista 8M cifra en 400 mil las personas que marcharon en Santiago*. https://www.cnnchile.com/8m/coordinadora-feminista-8m-cifra-en-400-mil-las-personas-que-marcharon-en-santiago_20190309/
- Conway, J. M., Osterweil, M. y Thorburn, E. (2018). Theorizing Power, Difference and the Politics of Social Change: Problems and Possibilities in Assemblage Thinking. En *Studies in Social Justice*, 12(1), 1-18.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford law review*, 1241(1990-1991).
- De Fina, D. y Figueroa, F. (2019). Nuevos “campos de acción política” feminista: Una mirada a las recientes movilizaciones en Chile. *Revista Punto Género* (11), 51-72.
<https://revistapuntogenero.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/53880>.

- De Fina, D. y Figueroa, F. (2020). *Primer Informe Encuesta 8M 2020 ¿Qué hay de nuevo en los feminismos chilenos?*
https://www.researchgate.net/publication/344399647_Primer_Informe_-_Encuesta_8M_Que_hay_de_nuevo_en_los_feminismos_chilenos
- De Landa, M. (2006). *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*. Continuum. Bloomsbury.
- Donoso, S. (2020). Con un pie en la calle y el otro en el Parlamento: De las protestas estudiantiles a la creación de un partido-movimiento en Chile. En: A. Monsiváis y J. C. Domínguez (Eds.). *Democracias en vilo: la incertidumbre política en América Latina*. Instituto Mora, pp. 141-164.
- El Desconcierto. (2019, 8 de marzo). «La movilización más grande de la historia»: Coordinadora 8M realiza balance de huelga feminista y cifra en 800 mil mujeres movilizadas.
<https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2019/03/09/la-movilizacion-mas-grande-de-la-historia-tiene-rostro-de-mujer-coordinadora-8m-realiza-balance-de-huelga-feminista-y-cifra-en-800-mil-mujeres-movilizadas-a-nivel-nacional.html>
- Escobar, A. (2008). *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Duke University Press.
- Feliu, V. (2009). ¿Es el Chile de la postdictadura feminista? *Revista Estudios Feministas*, 17(3), 312, 701-715. https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2009000300004&script=sci_abstract&tlng=es.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo* (1ª ed.). Editora Tinta Limón.
- Gargallo, F. (2006). *Ideas feministas latinoamericanas*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).
- Hinner, H. y López Dietz, A. (2021). Movimientos feministas y LGBTQ+: de la transición pactada a la revuelta social, 1990-2020. En A.C. Galvez Comandini (org.) *Históricas: Movimientos feministas y de mujeres en Chile, 1850-2020* (pp. 91-128). LOM Ediciones.
- Humanas. (s. f.). *Feminismo en Chile: Las organizaciones de mujeres que han impulsado el movimiento que hoy vuelve a marchar*. <https://www.humanas.cl/feminismo-en-chile-las-organizaciones-de-mujeres-que-han-impulsado-el-movimiento-que-hoy-vuelve-a-marchar-fuente-emol-com-httpwww-emol-comnoticiasnacional20180606908785recorrido-histori/>
- Kirkwood, J. (1982). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos políticos*. LOM Ediciones.
- Kauppert, P. y Kerner, I. (2016). *Political Feminism for a Better Future*. Friedrich Ebert Stiftung (FES). <http://library.fes.de/pdf-files/iez/12693.pdf>
- Lamadrid, S. y Bennit, A. (2019). Cronología de los movimientos feministas en Chile (2005-2016). *Revista de Estudios Feministas*, 28(2).
https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-026X2019000300216.
- López Nájera, V. R. (2014). Feminismos y descolonización epistémica: nuevos sujetos y conceptos de reflexión en la era global. En M. Millàn (coord.) *Más allá del feminismo: caminos para andar* (1.ª ed., pp. 99-118). Red de Feminismos Decoloniales.
- Mapuexpress. (2017, 8 de septiembre). *Movimiento por el Agua y los Territorios define los lineamientos que guiarán su quehacer*.
<https://www.mapuexpress.org/2017/09/08/movimiento-por-el-agua-y-los-territorios-define-los-lineamientos-que-guiaran-su-quehacer/>

- McFarlane, C. (2009). Translocal Assemblages: Space, Power and Social Movements. *Geoforum*, 40(4), 561-567. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2009.05.003>
- Quiñimil Vásquez, D. (2012). *PETU MONGENLEIÑ, PETU MAPUCHENGEN. Todavía estamos vivos, todavía somos mapuche. Un proceso autoetnográfico para la descolonización feminista de las categorías mujer, mapuche, urbana, a través del aborto*. [Tesis de máster Erasmus Mundus en Estudios de las Mujeres y de Género]. España.
- Ríos, M., Godoy, L. y Guerrero, E. (2003). *¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile post dictadura*. Centro de Estudios de la Mujer / Editorial Cuarto Propio.
- Schild, V. (2016). Feminismo y Neoliberalismo en América Latina. *New Left Review*, 96, 63-79.
- Vargas, V. (2008). *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y a la democracia*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Watkins, S. (2018). Which Feminisms? *New Masses, New Movements-17*. *New Left Review*, 109, 5-76. <https://newleftreview.org/issues/ii109/articles/susan-watkins-which-feminisms>
- Zerán, C. F. (Ed.). (2018). *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*. LOM.